



ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

EDUCACION.

DEL PRURITO DE HABLAR.

El prurito de hablar, este defecto de que con mas ó menos razon se acusa á la mujer, es un mal de muy difícil curacion. Su remedio sería el oír á los demas, y los habladores no escuchan á nadie, no se cuidan mas que de hablar. Éste negarse á oír, que se puede llamar una sordera voluntaria, á que se condenan, es el principal vicio de los charlatanes, que sin duda se quejarán de la naturaleza porque les ha dado dos oídos y una sola lengua.

La palabra, este lazo tan dulce y tan poderoso de la sociedad humana, inspira desvío y aun aversion hácia aquellos que abusan de ella. El hablador trata de agrandar, y fastidia; desea ser admirado, y cansa; quiere ser amable, y se hace odioso.

El prurito de hablar trae consigo la indiscrecion, vicio todavía de peores consecuencias. Y cómo condena-

remos la indiscrecion en otro á quien nosotros mismos hemos dado el ejemplo? Confiar á otro nuestro secreto es renunciar á nuestra discrecion para ponernos á merced de la ajena; *secreto de dos, de Dios, y si es de tres ya no lo es*; y á fé que este adagio, aunque comun, es muy cierto, porque por una série de confianzas indiscretas, el mayor secreto se divulga pasando de boca en boca.

Discutiase en el Senado Romano un asunto del mayor interés por espacio de muchos dias, sin que su conocimiento hubiera traspirado, y este secreto tan impenetrable llenaba de inquietud á la ciudad de Roma. La esposa de uno de los Senadores, mujer muy razonable por otra parte, pero llena de curiosidad por saber el objeto de deliberacion tan secreta, importunaba á su marido para que se lo dijese, prometiéndole por cuanto habia de mas sagrado, guardar el silencio mas inviolable, y quejándose de que tuviese tan poca confianza en ella. El Senador, queriendo que ella misma tuviese que reconocer su

imprudencia, la dijo : Voy á ceder á tus instancias y á revelarte una cosa tan terrible como sorprendente. Los sacerdotes nos han confiado que se ha visto volar una alondra armada de una lanza y de un casco dorado. Inquietos sobre este prodigio nos estamos ocupando de examinar con los augures si nos será favorable ó siniestro. Pero guárdate bien de decir nada.

Apenas acababa de separarse de ella, cuando la mujer tomando aparte á la primera de sus esclavas que se la presentó, exclamó golpeándose el pecho y mesándose los cabellos: Oh esposo! oh pátria mia! ¿Qué vá á ser de nosotros? Esto era dar pié á la esclava para desear saber el motivo de aquella desesperacion, y así es que le preguntó en seguida qué era lo que pasaba. El ama le contó en seguida lo que acababa de oír, concluyendo con decir. Guarda el secreto; no lo digas á nadie.

La esclava lo promete, pero así que dejó á su ama corrió á llevar á sus compañeras tan estraña nueva; éstas, como era natural, la contaron á otras, de modo que aun no habia llegado el Senador á la plaza pública, cuando ya el secreto era conocido. Uno de sus amigos se le acerca y le pregunta, si hace mucho que ha salido de su casa: —Ahora mismo, contestó el Senador. —Entonces no sabrás la noticia que circula? —Qué noticia? —Los sacerdotes han visto una alondra armada de

lanza y con casco dorado. Los cónsules van á convocarnos para deliberar sobre este prodigio.—Perfectamente, dijo el Senador, mi noticia ha corrido mas que yo. —Cómo? —Vamos al Senado. Llegados allí, contó la prueba que habia querido hacer, y sacó á los cónsules de este cuidado.

Mas de vuelta á su casa se presentó con sério aspecto, y dijo á su esposa: me has perdido. Se ha descubierto que de mi casa ha salido el secreto de nuestra deliberacion, y por tu indiscrecion acaban de condenarme al destierro. La mujer trata de defenderse, llora y esclama. ¿Pero acaso no sois trescientos los Senadores á quienes se ha referido este prodigio? Tú eres la primera que lo has oido, respondió él friamente, porque yo soy quien ha finjido este cuento con el objeto de poner á prueba tu reserva.

La discrecion de la ateniense Leena fué magníficamente premiada por sus compatriotas. Amiga de Harmodio y de Aristogiton, estaba en el secreto de una conspiracion que se habia formado contra los tiranos. Los conjurados habiendo errado el golpe fueron decapitados, y Leena puesta en el tormento para hacerla declarar el nombre de sus cómplices. Su constancia la sostuvo en medio de la tortura, y justificó con su inalterable firmeza la confianza que se habia puesto en su discrecion. Los Atenien-

ses erigieron en su honor una estátua de bronce que representaba una leona, sin lengua, y la colocaron á la entrada de la ciudadela. Este emblema de la fuerza recordaba el valor que Leena habia manifestado, y la falta de la lengua su perseverancia en guardar el secreto.

El primer remedio contra el prurito de hablar es reflexionar la vergüenza y malas consecuencias que acarrea este vicio: el segundo, considerar las ventajas de la virtud contraria y los elogios que justamente recibe la discrecion, santificada, digámoslo así, por el silencio, que le dá cierta relacion con los misterios científicos y religiosos.

El tercer remedio es habituarse á no responder sino á las cuestiones que se nos dirigen, y no á las que se hacen á otros; y mejor que todo, frecuentar personas superiores en edad y mérito, cuyo respeto nos haga contraer la costumbre del silencio.

Los hombres hablan, ó por su propia necesidad, ó por la utilidad de los demas, y las mas veces para procurarse una distraccion recíproca. Cuando la conversacion no es útil al que habla, ni necesaria al que oye, y cuando no sirve de instruccion ni de recreo ¿para qué es buena? El último consejo que puedo dar á mis lectoras es, que recuerden constantemente este dicho de Simonides. *Muchas veces me he arrepentido de haber hablado; de haber callado, jamás.*

LITERATURA.

El hermano y la hermana.

BOSQUEJO.

(Traduccion libre.)

Aquí dió fin el sacerdote á sus instructivas palabras, recogidas ávidamente por la desolada jóven, que preocupada por mil pensamientos no pudo menos de estar diciendo entre sí misma durante el Santo Sacrificio: Es decir que yo he faltado á uno de mis deberes! Tan engañada he vivido!

No dejó de acudir á la iglesia el dia siguiente á la misma hora, y prosiguió por mucho tiempo con esta saludable práctica. Afortunadamente tampoco el digno párroco varió de asunto, ni mudó el tema que tan vivamente habia afectado á Carolina el primer dia que tuvo la felicidad de oirle. La jóven logró ocasion de contemplar sucesivamente á María como el verdadero tipo de la mujer cristiana, de la mujer modesta y fuerte al par que tierna, cuyo seno alberga un manantial inestinguible de afectuosa abnegacion. Eva personificó el egoismo y la idolatría del amor propio; pero María, la nueva Madre de los vivientes, glorificó el espíritu del sacrificio, del amor y la resignacion. La regeneracion de las mujeres data desde el feliz momento en que María ilustró el mundo con su divino ejemplo. De aquel estado de inercia, de inutilidad y de esclavitud en que el paganismo tenia sumida á la mujer, se elevó magestuosamente por la mutacion de María, á ser la compañera del hombre y á contribuir eficazmente al apoyo y esplendor de la familia. Mas no se piense que prerogativa tan noble esté exenta de grandes y sublimes deberes.

No tardó mucho la penetracion de Carolina en conocerlos. Concentrándose en sí misma, llenóse de espanto cuando al retroceder la mirada vió tantos dias pasados en estériles

entretenimientos, y en dolores inspirados por el egoismo: presentáronse á su conciencia los rudos trabajos y los sacrificios de su hermano, que ella en los tiempos de su ignorancia habia considerado como una cosa que le era debida, sin reflexionar en *los deberes* que ella debia tambien llevar á cabo, porque si el hombre tiene que satisfacer una deuda de trabajo y proteccion á la mujer, ésta á su vez queda obligada á saldarla por medio de su asiduidad en las ocupaciones domésticas, por la esmerada vigilancia, y por la solícita ternura con que, cual llama de brillante pureza, debe resplandecer en el seno de la familia.

Ilustrada por estas naturales observaciones, y mas que todo por los discretos consejos del párroco, á cuya sabia prevision tuvo el feliz acuerdo de entregarse, Carolina solicitó eficazmente corregirse. Contó el número de enemigos, es decir, malas inclinaciones que asediaban su espíritu, y alzóse generosa y determinada á vencerlos uno por uno. Principió por señalar á cada hora del dia una ocupacion fija y determinada, empleando la mayor parte del tiempo en el trabajo material, de quien verdaderamente no era muy amiga, y en las ocupaciones domésticas, á las que tenia aun mucha menor aficion. Así perseveró denodadamente en la línea de conducta que se habia propuesto, animándose al sentirse asaltada por el cansancio ó el fastidio con esta reflexion: —¡Yo trabajo para Leopoldo, y él trabaja á su vez para mí! Cuando vuelva á casa lleno de fatiga cobrará su ánimo nuevos alientos, al ver la simetría y la esmerada limpieza de todos estos pobres muebles.... Cuando venga la noche, él leerá en alta voz, mientras que yo proseguiré mi costura.... Mútuamente distraerémos el tiempo....

A la vuelta de pocos meses, Carolina se habia aficionado al trabajo con tanta intensidad, como anteriormente lo habia aborrecido. No tardó en poderse proporcionar momentos de agradable solaz, aún en medio de

sus numerosas ocupaciones, porque la destreza y la habilidad nacieron espontáneamente en pos del buen gusto y la práctica. Al llegar á esta altura, la jóven se resolvió emplear las horas que aun le quedaban vacantes, mas útil y directamente en beneficio de su hermano, en una palabra, trató de sacar partido de su trabajo. La primera vez que se le ocurrió esta idea, el orgullo, aquel antiguo enemigo suyo, ó mas bien dicho, aquel enemigo de todo el linaje humano, se levantó en su interior lleno de indignacion; pero la jóven no hizo caso de ninguna de sus instigaciones. El amor fraternal, que á proporcion que la jóven se purificaba de sus malas inclinaciones, habia tomado un completo ascendiente sobre ella, la hizo triunfar de todas las perfidias del amor propio, y con la mayor resolucion puso manos á la obra. Ya se ha dicho que no le faltaba destreza, y con ella y algunos conocimientos en la pintura, emprendió la ejecucion de ciertos trabajos cuya idea le habia sido sugerida por un periódico. Consistian estos en unos pequeños cofrecillos, ó arquitas, imitando jaspeados y paisajes, y en otros varios objetos del mismo género que encuentran fácil circulacion en el comercio. Este trabajo sedentario era el que mas convenia á la posicion, edad é inclinaciones de Carolina. A los pocos meses llegó á reunir parroquianos que deseaban adquirir sus trabajos, y vió reunido á beneficio de su industria un pequeño tesoro. Pero Leopoldo no tenia aun la menor noticia de ninguna de esta circunstancias.

(Concluirá.)

La Corneja y el Cuchillo.

FÁBULA.

En el oscuro hueco
del tronco de una encina,
malhadada Corneja
cuentan que así decia:

No resuene en el bosque
mi voz triste, maldita :
no resuene en los prados,
ni el eco la repita.

En vano dulce llama
de amor mi pecho anima,
en vano mis placeres
cantar quiero espresiva :
en vano hermosa aurora,
ó soledad tranquila
me infunden entusiasmo
y gratitud me inspiran.

Al silencio condeno
mi voz triste, maldita
no resuene en el bosque,
ni el eco la repita.

En vano entre las ramas
cerca de mí se agitan
las prendas de mi alma,
los hijos de mi vida :
mi amada compañera
me llama con caricias....

Ay ! A su dulce acento
con qué placer daría
contestacion ; mas temo !....

No, no, mi voz maldita
quede en silencio eterno,
porque mi voz no indica
mas que tristes pesares,
desgracias y ruinas....

Escuchaba un Cuclillo,
muriéndose de risa
la triste cantinela,
y sin dejar concluir la
gritó : Pues si yo hiciera
caso de habladurías
cantando solamente
pasára todo el día,
pues con mi canto dicen
que aseguro la vida
al que primero le oye.
¿ Se habrá visto manía ?

*Prosiga sus cantares,
y al peso no se rinda
de preocupaciones
que en la razon no estriban.*

F. M.

GUIA DE ARANJUEZ.

JARDIN DEL PRÍNCIPE.

Si el Jardin de la Isla podría por su gracia apellidarse tambien del gusto y de la melancolía, y del amor por el dulce arrullo de las tórtolas, no hay nombre para el del Príncipe. La magnificencia y el lujo, la belleza en sus mas vastas proporciones, la gala y gentileza varoniles, la beldad que raya en lo sublime, hé aquí el carácter que presenta esta feliz creacion de Cárlos IV. Y no porque no haya en su recinto mas de un sitio gracioso, y sin pretensiones de serlo, sino que su aspecto revela lo galan y lo bizarro mas bien que lo elegante y femenil. Lo que el Adan de Milton es á Eva, ó lo que la Clorinda del Tasso á la sensible y delicada Herminia, eso mismo es el jardin del Príncipe comparado con el de la Isla.

Entre la calle de la Reina y el Tajo hizo construir Fernando VI un embarcadero en forma de pabellon, de cuatro pabelloncitos adornado. Gustó tanto de este sitio Cárlos IV, siendo príncipe de Astúrias, que creó un pequeño, pero lindo jardin, en que poniendo despues toda su atencion, ha llegado á la grandeza que hoy ostenta, conservando el nombre con que se le distinguió en un principio.

Comienza en la orilla izquierda del Tajo, subiendo por ella, y pasa de una legua su circuito (6905 varas).

Un fuerte murallon y pretil de piedra, con bases en gran parte para tiestos, le defiende de las aguas del rio en toda su estension, y está cercado por la calle referida con verja de madera pintada de verde, sobre zócalo de fábrica y piedra blanca, sostenida por pilares de ladrillo con remates de cantería en forma ovalada, sirviendo de adorno á tan nombrada calle, y de asiento en toda su estension.

En el centro del exágono formado por

las calles de Apolo, Prineesa, plaza redonda de la calle de la Reina, y otras calles, y que comienza junto á la fuente de Apolo, al otro lado de su calle, están el lago y pabellones griego y chinesco. Tortuosas todas sus avenidas, y conduciendo todas á este paraje, puede llegarse á él desde cualquiera de las seis calles que le rodean; pero estando en la fuente de Apolo, mejor es seguir la que hace ángulo recto con la de Apolo, cerca del Tajo, y tomar la primer sinuosidad. Circundada de árboles extraños y de flores, pronto encontrará el viajero una gran laguna irregular poblada de peces de colores, alimentada por el agua que sale de una gruta artificial, en una isleta rústica, donde se admira la propiedad con que está imitada natura. Alzase inmediato sobre otro peñasco un obelisco de granito, semejante por su color al oriental avellana, figurando una aguja egipcia, sostenido por cuatro bolas de bronce, encima de un basamento de la misma piedra. Un puente á flor de agua, como el del Estanque de la China en el Buen Retiro, dá paso al bellissimo pabellon chinesco, sentado sobre una isleta, guarnecido de yerba y flores, de forma ochavada, con cuatro puertas é igual número de ventanas en sus paramentos. Constan de dos cuerpos, y remata en una aguja con cinco cofas en disminucion, adornadas antes con colgantes y festones graciosos, y una bola, hoy sin dorar, que pasa la aguja. Son de grecas chinescas los paramentos, caladas de diferentes dibujos, de modo que de fuera se goza lo interior. Ya no sueñan, porque no existen, las campanillas que colgaban de las grecas. El terreno que circunda este cenador está empradizado y cercado de antepecho bajo, y es todo él de madera graciosamente labrada y pintada de blanco, verde y encarnado, y con dorados antes. El pavimento es de jaspe, colocado con primor, y una meseta en el medio. Los ángulos están ornados de tiestos de china con macetas olorosas. Algunos habrá que, cediendo á la inspiracion de la poesia de este

sitio, le consagren algun pensamiento, y á ninguno dejará de entretener, y aun hacer reir, la originalidad de algunas ideas por otros estampadas. Una falúa, tambien chinesca, que asemejaba á un dragon con dos cabezas, bogaba años atrás por el lago.

Al lado opuesto del pabellon descrito sale tambien de las aguas un templete griego, de la especie de los llamados Monópteros, de perfecta ejecucion. Consta de diez columnas de mármol oscuro, italiano, y vetas blancas; y son de mármol blanco y órden jónico los capiteles y basas; y los arquitecillos y pedestales de piedra de Consuegra y de los montes de Toledo. Una cúpula elegante, pintada al óleo interiormente, cierra esta preciosa rotonda, que antes remataba un dragon dorado, de plomo. Tampoco se conservan en los intercolumnios las ocho estatuas de mármol *viggio*, representando idolos egipcios; obras de mucha antigüedad y aprecio que tuvo en su gabinete la Reina Cristina de Suecia, y de que nos despojaron los franceses, quedándonos en memoria los pedestales que convidan al asiento. Es de mosaico de jaspe y mármoles el pavimento. Un puente de piedra, á flor de agua igualmente, dá entrada á este rico objeto arquitectónico, rodeado de tiestos, flores, y enverjado de cañas.

Cerca, y á la izquierda, descuella entre la espesura una montaña artificial dentro de un aromático jardinito, y sobre un frondoso emparrado. Un cenadorcito en su cúspide obliga á descansar allí, y á tender la vista por el jardin que domina. Mas alto debió ser este agradable recreo, y coronarle un templete, y varias obras caprichosas.

Atravesando el jardinito, se llega á un puente rústico sobre un canal, ya seco y plantado, que circuye un grande recinto de mágica poesia, llamado las Islas Americana y Asiática, donde nada faltó á su formacion, de lo mejor que se conocia en el reino vegetal. Húndese suavemente bajo las pisadas la yerba *joyo* de los jardines ingleses. El cedro

portentoso del Líbano presta al paseante su sombra, las magnolias su fragancia, los pájaros su armonía, y su admiración tantos exóticos árboles que allí se miran juntos con asombro por la mano del hombre. Multitud de vegetales de ambos emisferios hacen placentero aquel sitio, y curiosa aquella enciclopedia de plantas, de que no se sale con pena por ver otros y otros encantos. Unos altísimos cipreses cubrían antes en la Isla, que forma la ría, un sepulcro figurado, y no lejos de este monumento del duelo, se veían varios árboles del amor, y un lloron, cimbreando su orgullosa cabeza sobre todo este conjunto un ababues elevadísimo. No deje de visitar el viajero la plazuela de los Cedros, á que llegará por la calle de los Castaños, penúltima senda de la izquierda. No se cansará de mirar uno de ellos, á cuyo pié hay asientos de hierro para gozar su inmensa sombra y la de otros. Inmediato está un jardín de frutas, hoy parterre, donde está empezada la gruta que debía ser uno de los mayores adornos del del Príncipe.

VARIEDADES.

APUNTES HISTÓRICOS.

En 1563 la Reina Isabel de Inglaterra tenía treinta años.

En aquel año dió la siguiente Ordenanza, refrendada por lord Cecil, secretario de Estado, cuyo texto se encuentra en las *Memorias sobre la Corte de la Reina Isabel*, por Lucy Aikin.

«El deseo natural que tienen los súbditos de S. M., de todas clases y condiciones, de poseer su retrato, ha estimulado á varios pintores, grabadores, y otros artistas, á multiplicar sus copias; pero se ha reconocido que ninguno hasta el presente ha acertado á sacar con exactitud las gracias que adornan á S. M., con gran descontento y quejas de sus amados súbditos.

«En consecuencia se nombrarán en lo sucesivo peritos que juzguen la fidelidad de las copias que se saquen del retrato de S. M., y se les encarga muy particularmente que no toleren ninguna que contenga defectos de los que por la misericordia de Dios está exenta S. M.

«Entretanto se prohíbe á todos los pintores y grabadores que pinten ó graben la efigie de nuestra graciosa Soberana, hasta que algun artista eminente haya hecho un retrato fiel, que pueda servir de modelo para todas las copias que se hagan en lo sucesivo, y las dichas copias no podrán hacerse, ni esponerse al público, hasta que el precitado modelo haya sido examinado y declarado por tan bueno, tan fiel y tan exacto como sea posible hacerlo.» *Memoirs of the court of queen Elissabeth.*

La Ordenanza anterior, por la que se prohibía á los malos pintores hacer el retrato de la reina Isabel, no era una simple inspiración de coquetería, era mas bien una reminiscencia de la antigüedad, cuya historia aquella mujer singular conocia perfectamente.

Nosotros hemos leído en una obra antigua el siguiente pasaje:

Alejandro de Macedonia no hallando conveniente dejar profanar su imagen por manos ignorantes, dió un edicto prohibiendo hacer su retrato á todos los pintores, excepto Apelles. Del mismo modo mandó, que nadie grabase sus medallas sino Pyrgotèles, ni fundiese en metales su estatua sino Lisipo.

Modas.

Nuestras modas, amables lectoras, han sufrido tal trasformación de algunos años á esta parte, que será imposible tener que señalar grandes variaciones por espacio de mucho tiempo. No se podrá hacer otra cosa que mejorar, perfeccionar, dar un poco mas de gracia á los trajes por medio de una guarni-

cion de mas ó de menos; llevar el vestido un poco mas largo, ó un poco mas corto; en fin, modificar las hechuras de manera que indiquen á los ojos inteligentes de qué mes del año datan; pero las formas no varian, quedan las mismas. En la actualidad son cómodas y graciosas, dos circunstancias que no siempre se encuentran reunidas. ¡Cuántas mujeres no son esclavas de la moda y se mortifican por seguirla! ¡Cuántas no cometen imprudencias que les cuestan la salud! Hoy dia pueden evitar lo uno y lo otro.

Las que están delicadas pueden vestir á la moda sin ir escotadas, gracias á los cuerpos altos, que son tan graciosos y tan elegantes, y nada hay mas cómodo que los vestidos cuya falda y cuerpo están separados.

Tampoco hay necesidad de ahogarse dentro del corsé para dar gracia al talle, porque ya no es de moda ir muy apretadas. Los corsés, sin hombreras, tales como los que se venden en la Esposicion Estranjera, calle Mayor, núm. 17, son muy á propósito, principalmente para las jóvenes, y por eso los recomendamos á las madres cuidadosas. Con estos corsés los canesús blancos, que están tan en boga, son muy graciosos.

Una de las modas mas perfectas y cómodas de este año es la siguiente: con un canesús mas ó menos elegante, y una falda de muselina ó de seda, es fácil dar al traje el grado de elegancia que se quiera: se puede llevar un vestido que no se arrugue, y todo lo ligero que se apetezca. Si por el contrario, se desea con un traje del mismo carácter prepararse contra los inconvenientes de un tiempo un poco mas fresco, el canesús de piqué puede reemplazar al de muselina. Esta moda es principalmente para las jóvenes, pero la única condicion que exige para llevarla bien es ser delgada.



Esplicacion del Figurin.

TRAJES DE CAMPO.

FIG. 1.^a *Traje de casa.*—Bata-peinador de barege rosa, abierto, sobre una rica falda de muselina bordada al pasado: el peinador está adornado en todo su alrededor de un rizado ancho de barege. El cuerpo fruncido en los hombros, se sujeta en la cintura por jaretas, cubiertas con un cinturón de cinta, que cae por delante en largos cabos. Camiseta, en forma de toca, correspondiente á la falda bordada. Mangas á la Duquesa, del tiempo de Luis XV, cosida á su final una guarnicion de Valenciennes.

FIG. 2.^a *Traje de visita.*—Vestido de barege, fondo blanco, floreado de ramos verdes. La falda tiene hechura de delantal, y por delante un follado atravesado, que figura sostener un ancho volante: otro follado correspondiente, cuyo ancho disminuye progresivamente, forma el delantal. Casaca guarnecida del mismo follado y de un volante, y lo mismo las mangas, que son al estilo de Luis XV, con otras blancas de encaje, que sobresalen un poco. Chaleco de chaconá, de plegado menudo, y enteramente cerrado con botones de pasamanería. Capota de paja de Italia, con fondo de tafetan blanco y guirnalda de rosas de colores en el interior.

FIG. 3.^a *Traje de sociedad.*—Vestido de gasa, color de oro, con viso de tafetan blanco. Los tres volantes figuran flores arabescas, en gasa negra arrasada. Cuerpo fruncido y con vueltas. Manga ancha con guarnicion de punto de Inglaterra. Fichú de lo mismo con dos pecheras, divididas por un folladito de encaje. Capota de tul blanco con follados, cruzados por trencillas de paja de arroz, y con lluvia de campanillas azules en el interior del ala: plumas y marabús azules y blancos caen por cada lado.